

CAPÍTULO XXXI.

(1865)

En marcha.—La tempestad.—La Epacta.—Jesús Rubio.—Tradiciones.—Una buena noche.—Almuerzo en la choza de un indio y banquete en un palacio de México.—Recuerdos de Asajo.—Alarma en Pátzcuaro.—En camino para Morelia.—Un pequeño triunfo por vía de paréntesis.—Amagos á Morelia.—La ley de 3 de Octubre.—Un francés herido.—La retirada.—En lo alto del Quinceo.—Puruándiro.—Contramarcha.—La fatal noticia.—Regreso á Tacámbaro.—Junta de guerra.—Riva Palacio es nombrado General en Jefe del Ejército del Centro.—Las represalias.—Inteligencia, actividad y patriotismo.—Correrías de Méndez.—Expedición del general Régules.—Encuentro de dos columnas del imperio en Quiroga.—“Si no es hoy será mañana.”—Acciones de guerra.—Regreso á Michoacán de la columna de Zepeda.—Toma de Anganguaco y de Tamasaltepec.—Estado del Ejército en Diciembre de 1865.

Retrocediendo á tomar por orden de fechas el hilo de nuestro relato, referiré en este capítulo la expedición de Riva Palacio después de fraccionado en Uruapan, en tres partes, el Ejército del Centro.

Llevábamos el alma llena todavía de las recientes impresiones: la gran parada; el opíparo almuerzo que se sirvió á los soldados en los cuarteles; la animación de la ciudad; el banquete con que el Ayuntamiento obsequió á los jefes superiores y oficiales distinguidos del Ejército del Centro; la música de Paracho, tocando aquel himno que parecía una plegaria; el alegre y bullicioso baile que en la noche se verificó en mi casa. En suma, todo un mundo de recuerdos.

Riva Palacio, que, como he dicho, recibió instrucciones para amagar las plazas de Pátzcuaro y Morelia, emprendió su marcha rumbo á la sierra. Había comenzado á llover: gruesas gotas de agua se empapaban en el suelo; la bóveda celeste se obscurecía más á cada momento, entoldada por las nubes; se veía á lo lejos el zig-zag del relámpago, y sobre los empinados cerros de la cordillera rodaba el trueno, oyéndose como incesante estrépito de poderosa artillería. De allá avanzaba á encontrarnos una tempestad deshecha, una de esas tempestades imponentes que tal vez sólo allí se producen con tanta intensidad.

El general, absorto al principio en profunda meditación, no tardó en recobrar su habitual buen humor, y ya cuando pasamos por la Quinta dejó oír su palabra ligera, chispeante, salpicada de oportunas observaciones. Todos le escuchábamos atentos. Acuérdomé que al encumbrar la pequeña pendiente en que ya rompe el camino, dirigiéndose á alguien que iba á su lado, le señaló un árbol gigantesco que cubre con sus ramas un grande espacio, y le dijo:

—Mire usted, ahijado: esta *ziranda*, una de las más corpulentas que hemos visto, no puede, sin embargo, compararse á la colosal que está en el Caulote, más allá de Tacámbaro. ¿No se acuerda usted que una vez á medio día sombreamos debajo de ella como cincuenta que éramos á caballo?

Era la verdad, y también lo era que el general nos hacía olvidar siempre con su conversación las fatigas de las marchas.

A poco andar llegamos á un paraje que los vecinos de Uruapan designan con el nombre de “Barranca de la Guerra.”¹

La fuerza, entretanto, iba avanzando; el aguacero había arreciado de tal modo, que no se podía mirar á dos varas de distancia; en los montes la tempestad era espantosa. Las soldaderas fueron las que desde luego penetraron en la barranca, cuyo cauce, de ordinario enjuto, va rebosando en agua después de una tormenta. La profunda quiebra baja de lo al-

¹ Se llama así, porque en la revolución de Ayutla, el general Huerta batió y derrotó allí una fuerza de santanistas.

to de la serranía y se prolonga hasta la *Rodilla del Diablo*, primer ojo de agua del caudaloso río Cupatitzio. De repente se oyeron un rumor sordo y amenazador y gritos desesperados.

—¡Las mujeres se ahogan! ¡La creciente, la creciente!

El general metió espuelas á su caballo, se dirigió á la izquierda del sendero, adelantándose hacia la parte baja del torrente. Los que le rodeábamos, lo seguimos apresurados.

Allí, en efecto, asidas de las ramas secas de un árbol azotado por aquella especie de avalancha, había dos mujeres, intensamente pálidas; saltados los ojos, los cabellos destrenzados y crispadas las manos. Las olas crecientes de la avenida, á veces las balanceaban, á veces pasaban sobre su cuerpo, sin dejarles fuera del agua más que la cabeza y parte de los brazos. Era imposible que resistieran á aquel formidable empuje.

Riva Palacio saltó de su caballo, dió orden al comandante Jesús Verduzco de que con una reata lo atase de la cintura, lo cual ejecutó al momento, y el general, llevando también su reata, descendió á la orilla del torrente y arrojó el lazo á una de las mujeres, logrando cogerla del cuello y de la axila de un brazo. Tiró luego con fuerza, y la que estaba próxima á dejarse llevar por el ímpetu de las aguas salió á tierra, cayendo en profundo desmayo, pero salvada de la muerte. Entonces ví al general radiante de alegría.

Mientras esto pasaba, el coronel Alzati había intentado lanzar á la otra soldadera; menos afortunado erró el lazo, y aquella infeliz criatura no pudo más; abrió los dedos de las manos, desprendiéndose del árbol, lanzó un horrible grito, y desapareció arrastrada por la corriente.

La próxima vez que regresé á Uruapan, pregunté si después de la funesta salida del Ejército del Centro se había encontrado algún cadáver en las márgenes del río. No hubo quien me diera razón. El inmenso caudal ocultó á su víctima, la llevó en su seno, se precipitó con ella desde lo alto de la Tzaráracua, la oprimió en acantilado cauce á su paso por la tierra caliente, y tal vez entregó sus miembros mutilados á la voracidad de los caimanes del Zacatula, ó acaso los ofreció en festín á los millones de pescados que pueblan la costa del Pacífico en la desembocadura del gran río.

Después de aquella terrible escena, nuestro ejército siguió su marcha hacia el Norte, envuelto en la horrorosa tempestad.

La luz del relámpago nos permitía vernos los unos á los otros. Más de tres horas hacía que la tempestad bramaba sobre nuestras cabezas. Los soldados de infantería caminaban á tientas: los caballos se resbalaban, cayendo algunos sobre sus jinetes. Por más deseos que teníamos de fumar, era imposible satisfacer el vicio; estábamos empapados y los cerillos no ardían. La obscuridad era profunda, como lo es en la sierra, cuando la luna no está sobre el horizonte.

Y á propósito de este detalle, el general, que no perdía ocasión de *platicar*, dirigiéndose á su secretario, dijo:

—¿Cuántos días tiene hoy la luna, ahijado?

—No sé, señor, ni puedo calcular, porque ha estado el cielo tan nublado.....

—Lo que prueba que ya olvidó usted la regla que nos dió en Tacámbaro la esposa de D. Antonio Gutiérrez.

—Es verdad, señor, ya me acuerdo. Petrita Hinojosa nos decía que debemos tomar por base el número de la epacta, en cada año: que al número de la epacta se agrega el del mes en que estamos, comenzando á contar desde Marzo y luego el de los días corridos en el mismo mes; si la suma no excede del guarismo treinta, indica la edad de la luna, pero si traspasa ese guarismo, entonces los treinta se sustraen de la suma total, y el resto indica dicha edad.

—Así es que.....

—La luna tiene hoy veinte días; porque en este año el número de la epacta que trae el calendario es el de 3, 8 el de los meses corridos desde Marzo á Octubre, y como estamos á 9, resulta una suma de 20.

—¿Entonces siempre habremos de ocurrir al calendario de cada año para saber el número de la epacta? preguntó Riva Palacio riéndose.

—No, mi general, contestó Jesús Rubio, no; con algo de memoria y con una poca de atención, nos basta haber visto una sola vez el *Más Antiguo Galván*: supongamos que tal cosa sucede este año en el que la epacta tiene el número 3; en

cada año sucesivo se le agregará el guarismo once, y con tal de que no exceda de treinta ese será el número de la epacta. Si excediere, no hay más que restar los treinta y se tendrá dicho número.

—Eso quiere decir que el año entrante la epacta contará 14, el de 1867 veinticinco y 36 el de 1868; pero como se rebajan los 30, quedan 6.

—Está bueno: mientras uno más vive, más sabe.

—Demasiado lo sabía usted, mi general; aun antes de que nos lo dijera la señora de Gutiérrez.

El general se rió de nuevo, y los lectores deben saber que esta conversación es rigurosamente verídica, y la tuvimos caminando de Uruapan á Paracho el 9 de Octubre de 1865, mientras el general Arteaga se dirigía á Santa Ana Amatlán.

Mis recuerdos son precisos: cuando los busco en mi memoria salen apresurados y obedientes, y entonces como si contemplara el paisaje en que sucedieron, como si viera á las personas que en ellos intervinieron, ¡ay! como si yo me rejuveneciese ó el tiempo no hubiera transcurrido!

Y ahora, no quiero que se me escape el recuerdo de Jesús Rubio: era éste en aquella época un joven de veintidos años, patriota hasta el delirio, inteligente y valeroso. Tan útil, sirviendo como oficial de filas, como desempeñando un empleo en el orden político ó rentístico. En aquellos días era oficial mayor de la Secretaría de Gobierno. Desde el triunfo de la patria sobre la intervención y el imperio el Gobierno ha utilizado sus aptitudes en el ramo de Hacienda. Hoy, que escribo estas líneas, desempeña el puesto de Administrador de rentas en Zamora.

Después de nuestra *plática*, como si la luna hubiese querido comprobar con su presencia nuestros cálculos astronómicos, apareció esplendorosa por entre una rasgadura de las nubes. Puedo asegurar que entonces ya no llovía, sino de nuestros vestidos para abajo.

Precisamente en aquel momento íbamos pasando por enfrente de *Obispo Tirécuaro* y vimos á los soldados correr hacia una cruz que allí se yergue y frotar los pies en su peana.

—¿Qué es eso, ahijado? me preguntó el general.

—Es un sitio tradicional. Refiere la leyenda que cuando el primer obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga, vino á hacer su visita por estos pueblos, lo acompañaron hasta aquí los indios de la Sierra y vinieron á recibirlo los de Uruapan y tierra caliente, á quienes conducía el venerable franciscano Fr. Juan de San Miguel. Todas las pequeñas colinas que como suaves ondulaciones del terreno se levantan en este paraje, estaban llenas de gente; y atribuyeron á milagro de aquel prelado que haya habido bastante comida para satisfacer el hambre de la incontable multitud: desde entonces este punto se llama *Obispo Tirécuaro*, “donde comió el obispo.” La cruz es el monumento que conserva la tradición.

—¿Y qué significa que los soldados se froten allí los pies?

—Los *viandantes* tienen la creencia de que con eso se les quita el cansancio; y en efecto.....

—¡Ahijado!.....

—Sí, señor; ya sea que vengan de Uruapan ó que procedan de Paracho, como han estado subiendo la pendiente, cuya cima es aquí, al continuar su marcha ya no hacen más que bajar, y aunque sea por corto tiempo sienten bienestar y descanso.

—Nuestro país está lleno de tradiciones, porque tan supersticiosos eran los indios como los *gachupines*. Lo que hay que hacer es que no se dejen en olvido tan tiernas y curiosas leyendas.

Así, en amenas conversaciones, era el camino que hacíamos con el general Riva Palacio. Inimitable para la *plática*, observador, instructivo, fácil, chispeante, salpicando oportunas citas, domina siempre á su auditorio, teniéndolo pendiente de sus labios.

Llegamos á Paracho después de las once de la noche. El cielo estaba limpio como un capelo de cristal y cuajado de estrellas cuya luz titilaba al atravesar el aire húmedo todavía. La claridad de la luna nos permitía ver las casas, de cuyos techos se escurrían aún algunas gotas de agua, y las calles desiertas, lo que por de pronto no me llamó la atención, porque en aquellas poblaciones los vecinos se recogen muy temprano.

Nosotros nos alojamos en la casa de mi tío D. Luis Díaz, hermano del coronel D. Jesús del mismo apellido. No había en aquella mansión más que tres personas, una señora y dos criados. Ella era Rafaela, cuñada de los Sres. Díaz, una mujer que personificó, durante toda su vida, el tipo de la abnegación, y que sacrificó su juventud, su existencia toda, por ser el ángel guardián de sus hermanas y de los maridos de éstas. De sus labios supimos que en la tarde había habido una gran alarma en el pueblo, pues se creía que la tropa de Méndez se dirigía á Paracho en persecución de las fuerzas republicanas, por lo que los vecinos, casi en su totalidad, habían abandonado sus casas para ocultarse en el monte. En consecuencia, nuestros soldados no tuvieron que cenar y pasaron el resto de la noche mojados, hambrientos y casi sin dormir. En cuanto á nosotros, con frecuencia nos sucedía lo mismo; pero en aquella noche, al contrario, estuvimos perfectamente: Rafaela nos sirvió una buena comida, y no parece sino que había encerrado á los genios del sueño entre las sábanas de las mullidas camas, porque dormimos sin despertar un solo instante en toda la noche.

Al día siguiente continuamos la marcha. Muy temprano habló el general con los coroneles Garnica y Ronda, y este último guió á la División en su camino. Inútil es decir que jamás sabíamos los subalternos el itinerario de la marcha. ¿Ibamos sobre Zamora? ¿Tomábamos el rumbo del Norte del Estado? ¿Nos dirigíamos á Pátzcuaro? Nuestra expedición podía tener cualquiera de estos objetos, y los espías del enemigo no adivinarían fácilmente la dirección, sino hasta pasadas algunas horas.

Llegamos á Cheran. La tropa creía encontrar allí algo que sirviese de desayuno, después de no haber cenado. ¡Vana esperanza! La población también estaba desierta: por todas partes había cundido la alarma. Y si los soldados tenían necesidad de desayunarse, nosotros la sentíamos de almorzar. Por fortuna, el coronel Ronda envió aviso de que un poco adelante, en el Ojo de Agua, había mandado matar unas reses y que la *troncha* nos esperaba. La *troncha* era simplemente la carne, sin tortillas y sin sal: para suplir esta última substan-

cia carbonizábamos un pedazo de la piel del toro ó buey que se mataba y se formaba algo de cloruro de sodio, ó al menos nos forjábamos la ilusión de que aquello estaba saladito. La tropa, al oír la consoladora noticia, cobró aliento y aligeró el paso.

Nosotros íbamos á retaguardia, y ya casi para salir del pueblo ví entre unas hierbas que había detrás de una cerca una cara conocida.

—D. Eugenio! grité. En efecto, era Eugenio Ramos, un indio amigo de mi padre. Él á su vez me reconoció y salió á hablarme.

—Pues ¿qué andas haciendo tú con la *pronuncia*?

—No somos *pronunciados*, D. Eugenio: vengo aquí con el señor general Riva Palacio, con el Gobernador del Estado.

—Pues pasen, hombre, *les sacarán un bocado*.

Eso era lo que deseábamos, y desde luego aceptamos la invitación. Más pronto de lo que lo refiero habían puesto en el interior de la casa una mesita cubierta con una blanca servilleta *hechiza*, es decir, hilada y tejida por alguna india, de seguro una hija de nuestro anfitrión. Nos sirvieron huevos fritos, chile con queso, frijoles y *corundas* (tamales de nixtamal); en suma, un almuerzo opíparo.

Mientras comíamos, en vano procuraba yo llamar la atención de Eugenio hacia la persona del general; le pronunciaba enfáticamente este título, le hablaba de las campañas de Riva Palacio en Zitácuaro: nada! él lo trataba con una llaneza desesperante, impuesto como estaba á ver tantos generales que no todos inspiraban respeto; le dije que era literato, y ni siquiera comprendió lo que la palabra significa; le conté que era descendiente de Guerrero, uno de los héroes de la independencia, y se contentó con fijarle un poco la atención, sin detener la lengua que soltaba cada vocablo no enteramente pulcro. Yo, que siempre he tratado con sumo respeto al general, estaba contrariado. Por último, me ocurrió decirle que Riva Palacio era abogado, y entonces se verificó la metamorfosis. Por aquella época eran aún escasos los licenciados, y para los indios, en sus eternas cuestiones de terrenos, eran punto menos que divinos. D. Eugenio hasta manifestó vergüenza de platicar con el señor abogado.

Concluimos de almorzar, y al despedirnos dimos las gracias al hospitalario Eugenio, quien lleno de respeto y de mortificación, no pudo articular más que las siguientes palabras:

—Ustedes han de dispensar..... como quien dice.....

Un paréntesis. Diez años más tarde, me invitó un día á su mesa, aquí en México, el general Riva Palacio. ¿Para qué he de decir lo que era la mesa en aquella casa y en aquel tiempo en que vivían su esposa y la Sra Guadalupe Bros, ambas dechado de esmerada educación? Cuando después de haber terminado el banquete me despedía del señor general y de su familia, me dijo aquél:

—Ahijado..... usted ha de dispensar..... como quien dice.....

Cuando llegamos al Ojo de Agua, ya los soldados habían devorado la troncha apetecida. Entonces, sin llevar el camino real, Ronda nos condujo por veredas; penetramos al gran bósque que se extiende al rededor de Zinziro, y al caer la tarde, bañado por los últimos destellos del sol, divisamos el pueblo de Azajo, una de esas aldeas de indios casi montaraces, en donde jamás ha penetrado la civilización.

Una que otra anciana eran los únicos seres humanos que habían quedado en el pueblo: los hombres huían de la leva al acercarse una partida de soldados, ya fuesen éstos liberales ó reaccionarios. Comenzaba á anoecer cuando penetramos en las calles: de todas las casas salía una jauría de perros flacos y hambrientos que ladraba estrepitosa y lastimera-mente.

Nuestros aposentadores, magníficos sabuesos, habían logrado encontrar al alcalde, oculto quién sabe en qué rincón del pueblo; el infeliz funcionario tuvo que dar alojamientos, que buscar un buey ó una vaca para la troncha y forrajes para caballos y acémilas.

A nosotros nos condujeron á la casa más grande del lugar, formada por dos piezas de madera, una que servía de troj, de sala, de recámara y de oratorio, y la otra de cocina. En esta última estaba acurrucada una vieja junto á las *paranguas* (tres piedras que hacen de brasero), que no tenían lumbre. Aquella

lla mujer parecía idiota. Abraham, el asistente del general, luego que hubo desensillado los caballos y puéstoles pastura en el suelo, se dirigió á la cocina á ver qué había de cenar. A cada pregunta que hacía á la anciana, respondía ésta: *ambé curándihqui* (no comprendo). Abraham se desesperaba, porque ni á señas se hacía entender. Se encaminó entonces á ver al general y *cuadrándose*, le dijo:

—Mi general, no tiene vd. más novedad sino que no hay que cenar; sólo una vieja que no habla más que en tarasco.

—Aquí de las suyas, ahijado; vaya vd. á conquistar á la *guari* (señora).

Yo que de niño no hablé más que el tarasco, lo había casi olvidado en mis doce años de colegio, sin querer recordarlo..... lo confieso, porque me daba vergüenza que me creyeran indio. Sin embargo, con algún esfuerzo lo chapurro aún, y por lo tanto en aquella noche me encaminé á la cocina.

Llegué, ví y vencí. La anciana, á quien dije que yo era de los *purépecha* (indios de Michoacán), sintió correr en sus venas la sangre de la raza, y risueña y hacendosa removió el resoldo en las paranguas, arrió leña y sopló. Mil chispas salieron de la hornaza, y poco después las llamas rojas iluminaban el arrugado y más que moreno rostro de la vieja. Calentó tortillas, refrió frijoles, molió en el molcajete un chile que bramaba y, con cierta maestría, se puso á asar un pedazo de carne fresca que en aquellos momentos le entregó Abraham.

Lo cierto es que aquella noche tampoco nos quedamos sin cenar.

Poco antes de amanecer el día siguiente abandonamos el pueblo. En la orilla por donde salimos hay una noria, de la que se surten de agua los vecinos. Mirábamos dirigirse hacia aquel punto muchas indias jóvenes, llevando el cántaro en la cabeza y caminando apresuradas con cierto aire de natural elegancia y voluptuosidad.

El pozo está situado en medio de un pequeño llano. Un ligero vapor se desprendía del brocal, á causa de la mayor temperatura del agua respecto de la del ambiente. Las mujeres que iban á sacar el precioso líquido se habían formado en una

larga fila, vuelta la cara hacia el Oriente, y estaban sumidas en honda meditación y en profundo silencio. Aquel cuadro nos llamó la atención; la actitud de aquella gente, el césped que tapizaba el llano, los tupidos bosques que lo acotaban y el fulgor de la aurora, todo prestaba al paisaje tintes de apacible poesía.

De repente surgió el sol como si se desprendiera de un océano de verdura, que á esto se asemejaba la sábana de las tupidas copas de los árboles. Entonces vimos á las indias inclinar la frente ante el astro y, llenas de religiosa unción, hacer la señal de la cruz y persignarse.

—Vea vd., me dijo el general, cómo los *purépecha* mezclan su antigua religión con la nueva. Acaso conservan la primitiva en toda su pureza, la astrología; y de la que les enseñaron los frailes sólo tienen las exterioridades.

Después de aquella sencilla ceremonia, las jóvenes sacaron el agua del fondo de la noria; llenos los relumbrantes cántaros y poniéndolos airoosamente en la cabeza, volvieron al pueblo.

Nosotros nos incorporamos á la tropa y antes de medio día llegamos á Quiroga, la bellísima ciudad, asentada en la ribera oriental del lago de Pátzcuaro, y que parece reclinarse en la falda del augusto y elevado Zirate.

He referido en las líneas que preceden una de las marchas de nuestra tropa, atravesando la sierra, la zona fría de Michoacán: en otra parte está descrito el aspecto de las tierras calientes y los distintos detalles que allá tienen los caminos; se notará la diversidad de costumbres entre una y otra región, los diferentes productos de la tierra y hasta el diverso carácter de la campaña en lugares tan opuestos.

Desde nuestra entrada en Quiroga comenzaron á circular rumores de que íbamos sobre Pátzcuaro, si bien no faltaban quienes afirmasen que el golpe se daría á Morelia. El general ya no guardó reserva; nos dijo que el general Arteaga le había dado orden de amagar las plazas principales del interior del Estado para atraer sobre sí la atención de Méndez. Por esta razón la brigada de Riva Palacio se componía de

tropa escogida: eran los batallones de Méndez Olivares, de Villanueva, y el de Yuriria; las caballerías de Arias, Ronda, Garnica y Domenzain, y una pequeña fuerza de Zitácuaro, toda gente de pelea y regularmente disciplinada.

En la noche llegaron los exploradores del rumbo de Pátzcuaro. Aquella ciudad estaba en alarma, las trincheras cubiertas y varias escoltas imperialistas exploraban en los alrededores.

Al día siguiente, 12, nuestra fuerza tomó definitivamente el camino de Morelia. Desde el paraje llamado Iratzio, empezamos á encontrar mucha gente. Era jueves, y en ese día se hace el *tianguis* en la ciudad. Me acuerdo que un comerciante de Santa Clara se acercó al general, habló con él reservadamente y le entregó un impreso. Riva Palacio lo leyó con avidez y se puso encendido de cólera. Como siempre, nosotros no nos atrevimos á preguntarle nada, pero sí nos informábamos con algunos arrieros que nos decían que en la mañana de ese día había habido en Morelia repiques, música y salva de artillería, porque había llegado una ley que habían fijado en las esquinas. Nada más nos pudieron contar que satisficiera nuestra curiosidad.

Interrumpo aquí el hilo del relato para referir, por vía de paréntesis, que en aquel día y en aquella misma hora, Castillo y Granda, expedicionando por el rumbo Oriente de Zitácuaro, iban en camino de la Sabana al Valle, y al llegar al paraje llamado "Las Cabezas," un rancho les dió noticia de que en el punto mencionado estaba una fuerza de traidores como de doscientos infantes, que en aquel momento se teaban dispersos en el bosque, y además cien dragones que estaban desembridando para dar agua á los caballos. Los de Castillo y Granda no hicieron más que apretar la cincha á los suyos, y rápidos cayeron inesperadamente sobre el enemigo, al que hicieron setenta y cinco muertos y muchos heridos, entre los cuales, el jefe de la fuerza coronel Vicente Carrillo, originario de Amanalco en el primer distrito del Estado de México.

Y ya concluido este paréntesis, volvamos al lado del general Riva Palacio.

Llegamos á Morelia á eso de las tres p. m. La tarde estaba espléndida: una de esas tardes de Octubre, saturadas de sol, en que se ven más cerca y más azules las montañas, y en que el aire tibio y perfumado está maravillosamente diáfano. La tropa se situó en el rancho de los Ejidos; la vanguardia, á las órdenes de Garnica y sirviendo de escolta al general Riva Palacio, ocupó los Tres Puentes. El general escogió algunos oficiales y sargentos de entre los escuadrones, poniéndolos á las órdenes del coronel Domenzain, y dispuso que este jefe y el teniente coronel Jesús Villanueva, con veinte de los mejores soldados de su batallón, penetrasen en las calles de Morelia, procurando hacer salir parte de la guarnición para batirla afuera. Morelia tenía cerca de mil hombres de guarnición, entre ellos una compañía de franceses y parte de la legión belga. Contaba además con numerosa artillería de grueso calibre, y sus fortificaciones eran formidables. Por esto nunca entró en el ánimo del general emprender con su tropa, inferior en número y sin un solo cañón, un ataque sobre la plaza.

Domenzain y Villanueva entraron á paso veloz en las calles de la ciudad. En Morelia no habían sentido nuestro movimiento. Había en la garita de Chicácuaro un retén de veinte belgas, que no tomaron las armas sino hasta que nuestros chinacos los estaban lanceando. Corto fué el combate; la mayor parte de los soldados del retén quedaron muertos ó heridos. Domenzain envió á un oficial suyo á entregar al general cinco prisioneros. Él siguió al interior de la ciudad por el rumbo de San Agustín.

Riva Palacio comunicó antes á los jefes del asalto la noticia de que en aquel día se había fijado en las esquinas de la ciudad la famosa ley de 3 de Octubre. Nada extraño era, por lo tanto, que entre los gritos de "muera el imperio," prorrumpieran los nuestros en otros por el siguiente estilo: "¡grandísimos..... tengan su ley de 3 de Octubre!"

Domenzain entró hasta cerca de la plazuela de San Agustín. Villanueva encontró desierta la trinchera de la Merced y avanzó hasta el Colegio de San Nicolás: allí se encontró con un pelotón de franceses y belgas, los atacó denodadamente según su costumbre, obligándolos á retroceder, no sin hacerles un muerto y un herido que se llevó prisionero.

Entretanto, las fuerzas de la guarnición se organizaban, rodaba la pesada artillería y en todos los cuarteles los clarines tocaban generala.

Era tiempo de retirarse: así lo hicieron Domenzain y Villanueva, paso á paso, y arrancando tranquilamente los ejemplares de la ley de 3 de Octubre, fijados en las esquinas del tránsito. Luego se incorporaron á la fuerza, que había tomado posiciones en los Ejidos. Riva Palacio permaneció en los Tres Puentes para esperar al enemigo, pero el jefe de la plaza sólo envió una columna de doscientos belgas, que desde muy lejos nos estuvieron haciendo fuego.

Cerca de dos horas permaneció formada nuestra batalla. Los tiradores belgas se reconcentraron al perímetro fortificado, y entonces el general dió orden de marcha. Antes de referir sus pormenores, no omitiré narrar un episodio que cuenta el estimable escritor Jesús Rubio, haciendo por mi parte tan sólo ligerísimas rectificaciones.

El prisionero que condujo Villanueva estaba herido, como he dicho; era francés, de estatura atlética y de aspecto marcial. Acaso la lesión era grave, acaso había sido abundante la hemorragia, lo cierto es que aquel soldado llegó á la presencia del general en un estado lastimoso, y haciendo un esfuerzo y enclavijando las manos, exclamó en francés: *pardonez moi, mon général, je suis blessé!* Aquí es ocasión de decir que, generalmente cuando los soldados extranjeros caían en poder de nuestras tropas perdían su arrogancia, y más de una vez se les veía arrodillarse solicitando gracia. En las rarísimas veces en que fueron fusilados, salían á la ejecución poseídos de la fiebre patibular. Nuestros chinacos, y también los soldados del ejército conservador, morían como saben hacerlo los mexicanos, estoicamente ó haciendo alarde de valentía. Así lo confiesan los autores franceses y belgas que han escrito sobre nuestra campaña.

Ahora bien; el general dispuso que aquel herido fuese transportado á una choza, en donde podía ser recogido por los suyos, que apenas distaban cien metros del lugar. Después supimos que el herido había muerto al día siguiente y que los rancheros llevaron su cadáver á Morelia, pues que los de la guarnición no se atrevieron á salir para recogerlo.

Duraba aún la luz del sol cuando empezamos á ascender por el cerro de Quinceo, haciendo un camino que el coronel Ronda señaló. La subida es harto pendiente y el paisaje uno de los más pintorescos que he visto. El general llevaba un antejo de mucho alcance, y con él divisábamos en algunas de las plazas y calles de Morelia varios grupos de personas que dirigían sus miradas hacia nosotros. Para aquellos espectadores debe haber sido curiosa nuestra marcha, trepando por una de las montañas más altas del Estado, ocultándonos á veces un bosquecillo, iluminándonos otras los rayos del sol. Cuando se ve así á una tropa que camina á lo lejos se observa intermitentemente el brillo de las armas. Los habitantes de la ciudad nos han de haber perdido de vista al comenzar la noche, pues el Quinceo queda hacia el Poniente; en cambio, para nosotros los últimos destellos del astro del día bañaban aún el blanco caserío de Morelia, y se distinguían las gentes que transitaban en las calles de la población. Vimos desfilar los cuerpos de la guarnición que se retiraban á sus cuarteles, y de cuando en cuando una ráfaga de viento nos permitía escuchar el toque de los clarines ó el redoble de los tambores. Por fin las tinieblas invadieron la extensión del valle. Entonces vimos las luces amarillentas y tristes del alumbrado de Morelia, y desde allí se han de haber observado las hachas de ocote resinoso que encendieron nuestros soldados para alumbrar su camino por enmedio de los dos picachos de la montaña. Les hemos de haber parecido una procesión fantástica.

Descendimos del cerro por el opuesto lado, y en las altas horas de la noche llegamos á unos ranchos en donde se dió descanso á la tropa.

Al día siguiente vencimos la jornada en Chucándiro. En ese día se incorporó á nuestra tropa una pequeña partida de gente mandada por Bravo y Ledesma. Pertenecían á los famosos *potrereños*.

Al día siguiente pasamos por Huango y seguimos la orilla del río Lerma, que fertiliza y hermosea espléndidas riberas. Allí algunos oficiales de la partida de los *Potreros* se apartaron de las filas y se dirigieron á *avanzar* (robar) caballos. Sú-

polo el general, y ordenó al coronel Garnica que fuese personalmente á aprehender á los culpables y los llevara pie á tierra entre filas. Este acto de energía y de disciplina llamó la atención de todos, pues que aquellos hombres parecían gozar de impunidad, y hasta entonces nadie se había atrevido á imponerles un castigo tan severo. Al principio los presos se manifestaron altaneros, después suplicaron humildes, y por último entraron resignados en las calles de Puruándiro, cuyos vecinos contemplaban admirados cómo iban los temibles capitanes de los *Potreros*, sometidos á la influencia del poder moral y de la disciplina. Este ejemplo sirvió para que los jefes de nuestras tropas regularizadas no vacilasen en castigar rudamente á los que, á la sombra de la defensa nacional, cometían hechos injustificables.

¿A qué fuimos á Puruándiro? Confieso que nunca lo supe. Tal vez sería con el objeto de amagar las plazas de la Piedad y Zamora; acaso nuestro jefe creía posible que Méndez, cansado de perseguir al General Arteaga y no queriendo llevar su tropa al interior de la tierra caliente, hubiera regresado por Los Reyes y Paracho, fatigado, con bajas en su tropa por la deserción y entonces, no obstante la superioridad numérica de su brigada, habría sido fácil provocarlo á una batalla en los terrenos, de Coeneo, en donde Arias, Garnica y Ronda contaban con la seguridad de derrotarlo.

Sea de ello lo que fuere, en Puruándiro se dieron dos días de descanso á los soldados.

Puruándiro es una ciudad de bonito aspecto, y tuvo cierta importancia en otro tiempo en que era el entrepuente del Bajío y de Michoacán. Las casas, en su mayor parte son de cantería, sus calles bien alineadas, y risueños sus paseos. Había en su época de prosperidad un poderoso comercio, y era notable por la buena calidad de los artefactos de talabartería y zapatería á que se dedicaba gran parte de los habitantes. La villa de Puruándiro recibió el título de Ciudad de Calderón por decreto de 16 de Julio de 1858, en memoria del General José Calderón, que prestó servicios importantes al Estado de Michoacán, combatiendo á los clericales Bahamonde